

CIENCIA Y LA PANDEMIA COVID-19

Nadie conoce el alcance de la pandemia que ha desatado el novel coronavirus SARS-CoV-2. Muy posiblemente nos hallamos frente a lo que será reconocido como una de las peores pestes sufridas por la humanidad. El desconocimiento del número de personas infectadas debido a la explosiva tasa de contaminación y el alto número de casos asintomáticos refuerzan la necesidad e importancia de entender lo que está sucediendo, desde el nivel molecular hasta el nivel de la sociedad toda.

La circulación de informaciones falsas en los medios informativos y redes sociales se ha hecho patente y no ayuda. De ellos son ejemplos claros los supuestos datos sobre la estacionalidad de la virulencia y la duración de la inmunidad que se adquiere, dos características enteramente desconocidas de esta nueva enfermedad infecciosa, así como las opiniones infundadas acerca de posibles tratamientos.

La llave al camino hacia la solución está en la ciencia. No está en el cielo ni en la política. El desarrollo de vacunas capaces de promover la generación de anticuerpos efectivos, el uso de anticuerpos recuperados de enfermos curados y/o personas contaminadas pero asintomáticas y su administración a pacientes necesitados, la utilización de drogas antivirales, inmunoglobulinas u otros medicamentos, todos requieren de estudios meticulosos previos. Estos últimos son la única manera de llegar a conocer su efectividad en el tratamiento del COVID-19. Pero también la política juega un papel que, en un momento dado, puede ser fundamental: la ignorancia y el poder pueden limitar o, por el contrario, expandir el alcance de la pandemia y los destrozos que ella produce en la población.

Al tiempo que charlatanes pseudocientíficos proclaman la existencia de remedios milagrosos, líderes importantes asumen posturas increíblemente primitivas y peligrosas al ser escuchados, o lanzan propuestas carentes de toda base real, pero que influyen poderosamente en la visión que la sociedad tiene acerca de lo que está ocurriendo y de sus posibles consecuencias. También ha quedado demostrado que,

en casi todo el mundo -por no decir en el mundo entero- los sistemas de salud existentes son insuficientes para afrontar situaciones extremas como la actual y, sobre todo, incapaces de coordinar asertivamente y cooperar efectivamente entre sus partes y con los de otros países.

La pandemia lleva a una crisis social al crear una mayor diferencia entre desposeídos y poderosos. Aunque el virus no reconoce entre ellos, las pruebas se aplican primero a los personajes importantes, relegando a los más humildes. Las opciones de tratamiento y recuperación son muy diferentes. Pero por otra parte, habrá posiblemente cambios sociales positivos, tales como mejoras de los sistemas de salud y reconocimiento social a quienes hayan colaborado con la superación de la situación, así como mayor cooperación internacional, hermandad y espíritu comunitario, entre otros.

Se ha llegado a proponer el establecimiento de un fondo global y se aplauden las acciones concertadas por la Organización Mundial de la Salud (OMS), las que deben abarcar a todas las naciones como única forma de eliminar el prefijo 'pan'. Los recursos requeridos para la investigación, siempre difíciles de conseguir, tienden a fluir con mayor facilidad, al menos en los países del primer mundo. Está por verse si en nuestros países ocurre algo parecido, pero por ahora una combinación de orgullo y tristeza es lo que proporciona conocer acerca del involucramiento de científicos latinoamericanos en la lucha contra virus como el CoV-2, trabajando en laboratorios del primer mundo en lugar de poder hacerlo desde sus países.

Dos lecciones de esta pandemia: nos afecta a todos y necesitamos más ciencia. Tal y como se dice que Galileo Galilei contestó al tribunal al ser condenado, no nos queda sino decir que nuestro planeta sigue girando, con nosotros encima.

MIGUEL LAUFER
Director